

de teatros, consagrar especial atención y un saludable rigor á los actores que suelen tener gran parte de las culpas que pagan los poetas.

No distingamos de nacionalidades ni de sexos, no respetemos las categorías, no nos hagamos encubridores de los crímenes artísticos ocultando el nombre de los criminales, y de esta suerte, el arte se lo llevará de todas maneras la trampa... pero se lo habrá llevado con honra.



## SOBRE MOTIVOS

DE UN

## DRAMA DE ECHEGARAY

**E**L Sr. D. José Echegaray era hace dos lustros un ingeniero notable, un matemático insigne, un político excelente, para sus amigos, y mediano para sus contrarios. Yo ví por vez primera, de cerca, al sabio Echegaray en aquel tiempo, y en ocasión trágica por cierto. Un hijo del Sr. D. Gabriel Rodríguez, el íntimo amigo del ex-ministro, se había ahogado en el estanque grande del Retiro. Los poco expertos marineros de aquel mar interior buscaban el cadáver con garfios de hierro; primero salió enganchado un bulto, era la capa del ahogado... El padre desde el embarcadero contemplaba la terrible pesca... Echegaray estaba á su lado, con el rostro lívido, pero



sin gesto alguno de dolor; no hablaba, excusaba consuelos inútiles que prodigaban los demás. Los garfios volvieron á hacer presa en algo más pesado... salió del agua el cuerpo del náufrago... el del padre se desplomó, entre los brazos de Echegaray, dando un grito de terror que no olvidaré nunca. Así conocí yo al trágico que después aterró á España con tantas muertes de teatro. . . . .

Echegaray no ha hecho el drama de colegio, de que hablan tanto los críticos de Schiller, Goethe, etcétera.—Le falta aquella etapa de la vida del literato en que se escribe para el fuego, como aconseja el autor de *Catalina Howard*. Mientras otros poetas, que después habían de quedarse á la zaga, escribían versos á la luna y su respectivo Gran Cerco de *Viena*, Echegaray se entretenía con los dibujos complicados de la Estereotomía: no fabricaba entonces sus famosos castillos roqueros, llenos de grifos y de endriagos en los historiados muros, natural escala de amantes audaces; entonces aprendía á fabricar puentes prosáicos y sólidos. No ha sido jamás un aprendiz de poeta; que se sepa á lo menos. Esto es lo que no le perdonan sus enemigos. Y lo mismo que es causa de la enemistad es arma para los que mantienen estos odios. ¡Cómo! dicen algunos, nosotros literatos de profesión y de toda la vida, ¿hemos de dejar que nos suplante en la admiración del público un ad-

venedizo, que no ha hecho *planas de primera* en el arte difícil de la rima? Esto les duele: y como la mayor parte de los defectos de Echegaray, como poeta, nacen de esa falta de aprendizaje, se le echan encima en cuanto su inexperiencia le deja caer en un desliz. Echegaray, por ejemplo, no se cuida de la distribución de los colores; acumula las escenas borrascosas, abusa de los parlamentos insignificantes, puramente narrativos de los criados y demás papeles secundarios; deja pasar á veces rípios de los más inocentes, y que ve el menos malicioso;... pues todo esto es para sus enemigos causa de escándalo, y gritan: ¿cómo se llama artista á un hombre que de cinco personajes que tiene su obra (*Conflicto entre dos deberes*) sólo á dos deja en pie? ¿Cómo se llama maestro al que explica en monólogos el argumento de un drama; al que dispone el conflicto de una obra como quien coloca las piezas sobre el tablero para plantear un problema de ajedrez? Y ¿cómo se llama poeta al que busca al rey moro de Jerez sin otro propósito que hacerle servir de consonante al castillo de Argelez; y al que dice:

en esta de infamias lid

para que venga bien con Madrid; y hace hablar á un abogado de nuestros días de la *luz febea* y obliga á la gente de levita á decirse denuestos en ro-



mance heroico? ¿Dónde está la habilidad? ¿Dónde el arte y el gusto? Compárese esto con la manera de Ayala, de Tamayo... etc., etc. Hasta aquí la parte contraria. Yo diré en pro de mi defendido que mucho de eso que le echan en cara es verdad y es digno de censura; pero lo que no es cierto es que tenga la importancia que quieren darle, toda esa parte flaca del arte de Echegaray. Se ve siempre al poeta que no ha luchado en *la época inédita* con las dificultades materiales del oficio, que lucha ahora y delante del público, no en la oscuridad de sus manuscritos ignorados. Pero tales defectos, sin que yo pretenda que son lunares que añaden gracia, como, hablando de otros autores, sostiene cierto revistero, tampoco son de tal importancia que eclipsen las grandes bellezas del ingenio de Echegaray. Este hombre universal, consagrado á tan diferentes estudios, si pierde algo por el concepto indicado, gana mucho con ser más sabio que la mayor parte de nuestros literatos. Su inteligencia ha tenido que aplicarse á muchos órdenes de la vida, y su fantasía se ha robustecido con esta abundancia de material para sus composiciones, al par que el lenguaje se ha enriquecido también y ganado en la exactitud y en la energía consiguiente.

Además, aquél á quien no ciegue la pasión, tendrá que confesar que hoy escribe Echegaray mejor

que cuando comenzó á sorprender al público con sus inesperados triunfos escénicos: sin haber perdido en vigor, grandilocuencia y brillantez, ha ganado en sobriedad, y ha llegado al natural lenguaje del teatro, hasta donde es posible llegar, á lo menos insistiendo en usar el verso. Hay escenas en el último drama, en el tercer acto sobre todo, dialogadas con primorosa verdad y sencillez: los personajes, á pesar del metro, hablan como deben y no es esto muy común en nuestra gloriosa escena; tan gloriosa como alejada de la realidad de la vida.

No es esto decir que podamos saludar en el gran ingenio de Echegaray al Mesías del teatro naturalista, porque tanto suspiramos; nada de eso: Echegaray es un romántico puro; su realismo podrá ser algo en la apariencia, en la forma, pero en lo esencial siempre será el autor idealista. Y no hay para qué pedir que cambie. Ni la observación, ni el estudio del carácter, ni la habilidad en el imitar el natural movimiento de los fenómenos de la vida social, son cualidades que posee; su gran talento sirve para cosa bien distinta; es el adivino de la pasión y sus gritos; las crisis tremendas de los afectos opuestos le inspiran sus escenas admirables; no importa que escoja el siglo actual en el tiempo y por asuntos los que parecen más vulgares y ordinarios, una quiebra, una calumnia, un adul-



terio de los corrientes... no le veréis jamás abordar esta materia como lo haría un Augier, ni siquiera como Dumas; su protagonista siempre parece haber vivido en siglos que nos figuramos románticos y poéticos.

Muchas veces también parece que Echegaray se propone ser *tendencioso* como dicen muchos; en sus dramas, hasta en el título se ve una tesis; se ve que el autor va á complacerse en presentar uno de esos problemas sociales que á los ojos de los literatos no suelen tener solución, como no la tienen los problemas de la trigonometría para quien no sabe matemáticas: por fortuna el mismo instinto del ingenio lleva á Echegaray pronto fuera de este camino sin salida; y vence la pasión, y lo que comenzó siendo fórmula de una especie de álgebra sociológico-teatral, que gusta á muchos, acaba siendo poética figura, interesante, falsa acaso como carácter, pero verdadera y poderosa como reflejo fiel de una pasión.

Todo esto sucede en *Conflicto entre dos deberes*. Al principio parece que se trata de este rompe-cabezas ¿el mundo espiritual tiene leyes fijas como el material, con arreglo á las cuales se pueda clasificar en jerárquica subordinación la fuerza y el valor de los deberes? El protagonista se ve luchando entre dos que estima obligaciones; no sabe cuál de ellas es más fuerte: problema. Por fortuna, todo

esto se acaba pronto; bien se ve, en cuanto la reflexión ayuda un poco al personaje, que la lucha está entre el deber de entregar un depósito, de no aprovechar la confianza de una pobre huérfana en perjuicio suyo, y la tentación de salvar al que es bienhechor del depositario y padre de su amada. Raimundo, que así se llama el protagonista de *Conflicto entre dos deberes*, declara que conoce su obligación, pero que hará lo contrario, y desde este momento la realidad aparece con todas sus energías dramáticas en la escena, y comienza á ser esta obra de Echegaray la menos falsa de las suyas, la que más se acerca al teatro que debemos desear todos, el que puede ser reflejo de la verdad de la vida.

Se ha alabado el primer acto como exposición perfecta; hay en él, es cierto, naturalidad en el movimiento escénico, sencillez y gracia en la preparación de lo que llaman el conflicto, pero no anuncia esta exposición el drama de pasión fuerte, de vigorosa contextura que aparece en la segunda mitad del acto segundo, desde el momento antes indicado. Al llegar aquí bien se puede elogiar sin reservas, ni aun mentales, al poeta que ha sabido hacer hablar de manera tan propia, con tanta fuerza y con tan feliz expresión á las pasiones que pone en lucha. A pesar de la abundancia de palabras parece aquello sobrio; hasta los conceptos, hasta



las figuras retóricas se ciñen de tal modo al asunto, que se me antojan oportunos, naturales. Verdadero entusiasmo produjo en el público la escena en que Raimundo se rinde á la gratitud y al amor, y la que sigue, rápida, vehemente, que consiste en el choque de dos caracteres indomables. Con arte trae el autor á Baltasar en el momento en que Raimundo olvida el deber; porque Baltasar quiere por fuerza lo que es suyo en justicia, los papeles depositados, y Raimundo, fiándose á uno de esos sofismas terribles de la pasión, ya ve un motivo legítimo para no entregar el depósito: la fuerza que quieren hacerle. Contra la justicia, una idea, una sombra, temía luchar; contra un hombre ya es mucho más fácil.

Hay verdadero valor de observación psicológica en esto, así como en lo fácil que encuentra la prometida de Raimundo el olvido de una obligación: Raimundo quería engañarse diciéndose que por gratitud era desleal; pero su amada, hiriéndole sin querer en la conciencia, y leyendo de corrido en su corazón, viene á decirle:—Por amor, ya se ve, haces lo que haces.

En los primeros días de la representación, el tercer acto no agradó á muchos espectadores tanto como el segundo. Pero la crítica, acertada esta vez, hizo notar que en el tercer acto estaba lo mejor del drama, como tal. Así lo creo yo también. Lo que

disgustó fué principalmente el final; sin que se espere, se ve un suicidio, que aunque verosímil, no era esencial en el argumento; al mismo tiempo anda por la escena un moribundo, y la hija del suicida cae desplomada: sólo quedan en pie dos personajes. El público no transige con esto. No le importa que en la plaza de toros maten de veras á un diestro, pero en el teatro no quiere sangre.

Es claro que no puede defenderse esta lenidad inoportuna del público; pero sin darle la razón por completo, cabe desear que los dramas no se hagan siempre *in articulo mortis*. Por lo demás, el drama de Echegaray, para ser todo lo que es, no necesitaba tantas desgracias.

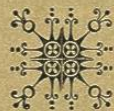
Aparte de eso, las escenas en que Baltasar vuelve á reclamar la justicia para su padre muerto, los papeles que delatan al asesino, y en que Raimundo resiste á sus provocaciones, y D. Joaquín, sin querer, se declara matador, son fuertes, de una realidad que engaña á cualquiera, porque parecen la propia vida, y este es el encanto mejor y más legítimo del teatro. ¿Y qué decir de aquel diálogo cortado, interesante y poético, sin necesidad de recursos retóricos? En eso está el paso mejor que Echegaray ha dado en lo que estimo que es el buen camino.

Para concluir: los dramas de Echegaray, y éste más que otro alguno, no pueden ser apreciados en



todo lo que son si no se ven representados de la manera acertada de que, aproximadamente, lo fué *Conflicto entre dos deberes*. El que quiera convencerse acuda allí, oiga y vea, y no será sincero si no confiesa que, como á todos, le arrastran aquellas oleadas de ingenio que se suceden y precipitan, sin dar tiempo á más que á admirar, entusiasmarse y aplaudir.

Esta es la verdad. Si cuestión de escuela fuese, yo sería el primer enemigo de Echegaray; pero es cuestión de ingenio, y á éste hay que seguirle y alabarle por donde quiera que vaya.



## DISCURSOS

**T**ITULO así este artículo porque en estas últimas semanas la nota predominante de la literatura ha sido la oratoria.

Al español le sucede lo que al pez, que muere por la boca. El sistema parlamentario podría llamarse aquí el sistema *charlamentario*. Hablamos más que catorce. Se quejaba cierto maestro de escuela á un académico, de la multitud de verbos defectivos é irregulares que tenemos: ¿en qué consiste eso? Pues es muy sencillo. Los verbos están gastados de tanto usarlos, como las piedras de los ríos cuando llegan al mar hechas arena. Es verdad: cada español emplea su idioma cinco veces por cada vez que lo usa un inglés, por ejemplo. Solamente en Constituciones se nos ha ido un dineral de palabras.